DEL SECANO ESPAÑOL

«El Pan de Castilla»

Por LUIS DE VILLAVA

...vuelta al agro español, nuestra ...r visita, como es natural, es ...embrados y a los barbechos que ...n en explotación. Y, como es ...ra también, allí topamos con el ...: con el obrero agrícola que, ...la tierra o, en otro sentido, va ... una obra nueva.

Esa obra nueva puede ser, como yo ...y emprendiendo, un pozo para ..., con ayuda de una bomba ex... de él el agua y regar la tierra. ... trabajan cuatro obreros que a ... de un jornal corren por su cuen...

Da la coincidencia que yo me acerco ... ellos están comiendo. Las fra... de la buena cortesía castellana ...ca faltan:

—¿Quiere usted acompañarnos?

—Muchas gracias. Que les aprove...

—Muchas gracias. Sue les aprove...

Yo me acerco al pozo, pero de sos... —vieja costumbre periodística— ...rvo su comida.

Comen con buen apetito. No cabe ...da que este trabajo rudo hecho al ...e libre proporciona buenas ganas. ...é es lo que comen? ¡Ah! Una cosa ...y sencilla y muy elemental: una ...ata asada y una lechuga. Pero hay ...a mi como otra segunda sorpresa: ...a merienda de aquellas va acompa... ... un buen trozo de pan de más ...lio kilo, que todo desaparece ... mascado. Al final habrá podido ...lar alguna hoja de lechuga, pero ... aquella enormidad de pan ha des... ...ido íntegro de nuestra vista.

Inevitablemente hago mi comparación con los obreros que he visto en Madrid, también en la hora de su comida.

Aquellos no comían tanto pan. Ni mucho menos. Pero, ¡ah!: cada uno llevaba su merendera donde no faltaba algún buen trozo de carne y alguno de pescado. Sin embargo, con el pan que se comen estos de una sentada, tendrían aquellos para dos días.

¿Qué significado tiene todo esto? ¿Será mejor este pan pueblerino...? No. A mí, por lo menos, me gusta más el de Madrid, que me lo sirven al día. Y de los que aquí percibo en las manos de estos hombres, uno de ellos lo veo azulenco, y de igual modo desaparece tragaderas abajo. Si bien es verdad, otro que lo trae de una alburа encantadora, se recrea en él y hasta lo exhibe como una joya. Creyendo adivinar mi pensamiento me pregunta:

—¿Le gusta este pan?

—Claro que sí.

Es que es de harina cernida, ¿sabe usted? Mis buenos cuartos me cuesta. Pero yo, en teniendo pan, ya me puede faltar de todo lo demás.

Y es en esta última frase donde encuentro la solución de lo que estoy madurando. ¡Pan de Castilla! ¡Pan del secano español! La apetencia de pan que éstos tienen no la pueden tener nunca ni el obrero valenciano ni el obrero catalán, como así sucederá con otras regiones. Para éstos, que disponen de todos los espléndidos y variados productos de sus huertas y de las aportaciones del mar, el pan es la añadidura, la simple envoltura de los otros alimentos. Pero para este obrero del secano español que sólo produce trigo y centeno y otros cereales más o menos panificables, el pan es lo fundamental, lo básico, porque a fuerza de él nacieron y se desarrollaron. En cada comida necesitan un buen trozo de pan (y si es blanco, cien veces mejor), con el que yo tendría para una semana. Como añadidura, como envoltura, les basta... eso: una lechuga o una patata asada. ¡Pero que no falte el pan!

Por cierta asociación de ideas recuerdos frases que oí a un magistrado de la Audiencia de Sevilla. Esto fue antes del alzamiento. Estábamos una noche en un café de la ciudad de la Giralda en compañía de otros amigos. No sé cómo llegaríamos a aquel tema. El magistrado se hallaba impresionado. Acaso por algún hecho reciente de orden penal en que él, con arreglo a la ley tuvo que intervenir. Sólo recuerdo que sus frases fueron poco más o menos, éstas:

—No comprendo cómo un mismo Código Penal nos abarca a todos los españoles. ¡Qué diferencia entre el gallego y el andaluz! Por ejemplo: un caso corriente y vulgar, el adulterio de la mujer. Frente a éste, el gallego, acaso con mejor sentido, se marcha de la casa y se va a América; o en un rapto de celos irreprimibles le dá una puñalada. Pero sólo una, que lo mismo le puede alcanzar al corazón o a un brazo, y luego allí la deja. El andaluz no es así. El andaluz ha de matarla pero a fuerza de puñaladas, donde la calificación de ensañamiento es inevitable... Y si reflexiona usted, tan bueno o tan malo es el andaluz como el gallego. ¿Diferencias de latitud, de clima...? Posiblemente. Pero la sanción ya tiene que ser distinta. Y esto es lo que no acabo de comprender.

De igual modo que el magistrado, yo no acabo de comprender cómo el obrero paniego del secano español ha de estar sometido al mismo racionamiento que el albañil o el obrero industrial de Barcelona o de Valencia.

Pero alguien que me esté leyendo quizá me diga imaginativamente:

—¡Si usted mismo se está contradiciendo! ¡Si usted afirma que cada obrero de ésos se asimila en cada comida más de medio kilo de pan. ¿De cuánto dispondrá?

A lo que yo tendré el gusto de contestar:

—En efecto. Mientras pueda, a un obrero de esta Castilla no le faltará su pan. No tendrá para comprarse unas botas o irá con los pantalones a fuerza de remiendos, no podrá adquirir medio kilo de carne ni un par de sardinas, pero no carecerá de pan. Además, en todas las zonas trigueras que yo conozco gana su "aniaga", que es trigo y tiene su "plojar", que es trigo. Trigo suyo, propio, no le falta...

Y si algún caballero me preguntara, cómo se puede producir este hecho, le diría con la cabeza alta: "¡Fuenteovejuna, señor!" O acaso aterrado contestara: "Señor... ¡Fuenteovejuna!..."

Pero que el obrero agrícola castellano no le falta trigo, ¿qué duda cabe?...

Sin embargo, aquí surge una segunda muralla, que es la difícil de trasponer. Creo que huelga su explicación. Sólo contaré una especie de cuento.

Yo tengo un amigo propietario de dos fábricas de harinas. La vida que lleva es magnífica. No le falta su coche. Y en cierta ocasión, saliéndome al paso me dijo:

—Le advierto a usted que yo no estraperlo. Si vivo bien es por que vivo de mi trabajo en dos fábricas de harinas que cada una de ellas vale dos millones de pesetas.

A lo que me fue fácil contestar:

—Mire. Yo soy un firme convencido de las influencias monetarias. Es un hecho inevitable que se produce en una guerra y en los primeros años de una post-guerra. Y hasta me permito admitir que a cada cosa que antes valía cinco, le añada usted un cero y hoy valga cincuenta. Sin embargo, quiero que me aclare por qué cada fábrica de esas que antes valía 18.000 duros tenga ahora un valor de dos millones de pesetas, y se ha quedado usted corto...

Lo cierto y verdad es que el obrero paniego come pan. Pero, ¿a costa de cuanto...?

A costa de aportar anualmente su parte de materias primas, para ir elevando cada vez más, a esos dioses hieráticos y gigantescos que, como los egipcios, guardan el templo y que se llaman sencillamente el "fabricante de harinas" y el "panadero".

El terremoto de Cuzco destruyó varias joyas arquitectónicas de nuestro Imperio colonial, figura entre ellas la Iglesia de Santo Domingo, de que fué prior el autor de "La Cristiandad"

Cuzco, la famosa población peruana asolada por uno de los más violentos terremotos registrados en el Nuevo Mundo, es la ciudad más antigua de América y ostentó—antes de la conquista española—la capitalidad del imperio incaico. Por su clima y ambiente, se la ha llamado la "Roma Americana". Sus calles y plazas, rezuman historia, acumulándose en su casco urbano junto a las grandes construcciones coloniales, viejos edificios indígenas. Allí estuvo la casa de Gonzalo Pizarro, arruinada y sembrada de sal, después de sus luchas con Almagro y a su lado los antiguos palacios precolombinos: de Marco Capac y Sinchi Rosa, la Casa de las Vírgenes del Sol, las de Huáscar y Panchacúteo y la fortaleza de Sacsaihuamán, convertidas al correr de los tiempos en templos cristianos o residencias aristocráticas.

Muchos de éllos han queda reducidos a polvo por la furia del seismo. De los que nos citan las agencias, entre los destruidos, merecen especial mención las iglesias de San Francisco, Santo Domingo y Belén, que nuestra colonización convirtió en verdaderas joyas arquitectónicas.

El convento iglesia de San Francisco fué fundado en 1543, siendo corregidor de Cuzco Garcilaso de la Vega, padre del célebre historiador. Poseía cuadros de Rubens y otros artistas universales y un ejemplar muy codiciado de la edición antigua de la "Biblia Políglota".

El templo de Belén estaba destinado a parroquia, primeramente dedicada a los Santos Reyes. No le faltaban lienzos de valor, pero su riqueza más notable era la orfebrería, en la que abundaba la plata—"la plata de Perú"—que tanto prodigaron los Incas en sus ornamentaciones.

Finalmente la iglesia conventual de Santo Domingo, levantada—con estilo puramente colonial—sobre el Templo del Sol, fué uno de los primeros edificios que los españoles construyeron en la región peruana. Poseía igualmente grandes obras pictórico-escultóricas, pero su relieve es más destacado por albergar en sus claustros y tener enterrados bajo sus losas a varias figuras preeminentes de la Hispanidad. Hasta nuestros días, se conservaba la celda que habitó el Padre Diego de Ojeda, autor de "La Cristiada", que un tiempo prior del Monasterio y en la iglesia está sepultado el conquistador Juan Pizarro y el apóstol de los incas, el mártir Pablo Tupac Amarun, que desde el altar de su sacrificio atrajo a la fe cristiana a la consternada muchedumbre de los Hijos del Sol.

Relicario auténtico del espíritu hispánico, es natural que la desgracia que hoy acongoja a Cuzco, llegue profundamente al alma española, afectada tanto como la nación peruana por la catastrofe. Estos monumentos pulverizados por el seismo llevaban firme e indeleble la huella de España y eran una luminosa proyección de las Hispanidad que hoy hace aparecer unidos en munes, a dos pueblos a quienes la Historia hermanó en los caminos de la ciel dolor por la pérdida tantas cosas covilización.

ahora... comentemos

Por Antonio Velasco del Mazo

Igual que, cuando se agita un líqui... tardan algún tiempo en posarse ... residuos, igual ha acaecido con la ...ciencia y el espíritu de Cuenca, en ...s fechas cruciales que acabamos de ...ir rociadas de esa luz, —divino ...vio de nuestra Virgen—y de ese ... regalo con que el Hacedor ha te...o a gala ornar tan sublime página ... la Historia de Cuenca.

...o quise escribir mi acostumbrada ...nica el domingo pasado porque ne...itaba rumiar bien todo lo visto, lo ... y lo sentido. Cuenca, esa tierra ... que llevo tan adentro, me ofrece, ...a vez que la veo, una sorpresa y un ...alo digno de tal ciudad.

...abía leído en la Prensa local, la ...n acogida y el fervor con que se ...a recibido a los Misioneros Paúles. ... otras vi que iban creciendo día a ... Pero lo que he observado en vos...os, conquenses que habéis recibido ... hermosa caricia espiritual, ese en...iasmo delirante, esa fe y esa espe...za plasmada en vuestra mirada, ...s palabras de vehemente ardor teoló...o, vuestro recogimiento, todo ello, ... no lo había leído, os lo aseguro. ... ha sido el gran regalo con que ...nca ha obsequiado a los que hemos ...to a ella en estas fechas de singular ...teosis mariano. No sé, me ha pa...ido distinta ahora, mi Cuenca; más ...en, más remozada, más delicada, ...s hermosa. Y es que cuando al alma ...e halaga y con primor se cuida su ...cado vergel, ¿qué puede hacer el ...bre sino gozar de tal gracia y ad...ar cuan grande es la misericordia ...quien nos la concede?

...reedme, hermanos. Mi viaje a Cuen... ha sido una continua emoción, una ...ción de esas que producen un es...frío en la región dorsal, una emo... que comenzó cuando al pie del ... la Virgen de Cuevas de Velasco ...minaba hacia la ciudad y puso fin ... en aquella colosal esplanada, cara ...ol, viendo como las manos represen...vas del Sumo Pontífice en España, ...positaba en las sienes de nuestra Pa...na la joya regalo y ofrenda del pue... de Cuenca.

...i me pusiese a considerar, a dar ...da suelta a mis internos sentimien... sobre esos instantes tan nuestros, ... que ni las seis páginas de "OFEN...A" bastarían para contenerlas en ... desbordada marcha hacia el mar ...celoso de la palabra escrita.

...orque si sentí acudir a mis ojos la

(Pasa a la pág. SEIS)

NOTAS DE UN PEREGRINO

EL TRIUNFO DE UN SANTO ESPAÑOL

La ceremonia de la canonización del Beato Antonio María Claret era el acto más importante que los peregrinos españoles habíamos ido a presenciar; unos diez mil en total habíamos llegado en los medios más diversos a asistir al triunfo del preclaro religioso catalán. El padre Claret es el más claro ejemplo de como la santificación puede lograrse en la vida en los más diversos estados y como los juicios de los hombres suelen diferir mucho de los de Dios. Desde obrero textil se eleva a Confesor de la Reina y hombre influyente en la Corte, pasando por párroco, misionero incansable y Arzobispo en Cuba; conoce los mayores honores, bien a su pesar, y la persecución más encarnizada que pone en peligro su vida y hace acabar sus días en amargo destierro. Pero su obra de sello divino, la fundación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, queda en pie y hoy llega a glorificar a su fundador de todas partes del mundo; son unos miles de sus seguidores los reunidos en Roma dándose muchos casos de encuentros regocijados de aquellos que de estudiantes se separaron y han vuelto a abrazarse en la Ciudad Eterna tras recorrer el mundo evangelizando; entre ellos varios Obispos con que cuenta la Orden y muchos sacerdotes indígenas como el negro de Guinea que venía en nuestra expedición.

La prensa mundial, esa misma prensa que tanto manchó su reputación y contribuyó a su calvario, ha recogido las fases más brillantes de su triunfo el 7 de mayo de 1950. A un mes de todo esto, no toca aquí sino hilvanar algún recuerdo de aquella mañana en que España iba a sumar un santo más a su lista interminable, en medio de nuestra mayor emoción.

A las siete de la mañana estábamos en la iglesia de San Pedro; si tenemos en cuenta las enormes distancias en Roma y que a esa hora todos habíamos oído misa y desayunado, puede suponerse nuestro madrugón. A pesar de las invitaciones repartidas con toda clase de instrucciones y detalles, el sistema de entrada que prevaleció fué el del abordaje y el empujón a tiempo: ya describí el día anterior el ambiente internacional de la espera. En tanto, un desfile a profusión de uniformes; el gusto por los trajes brillantes es en los italianos proverbial; fué algo que se reprochó al viejo régimen cuando en realidad el vicio era de su propia manera de ser con fascismo o sin él; y así esa mañana pasaron ante nosotros gentes que parecían venir de un mundo remoto o a lo más de un baile de máscaras; aparte de su significación más o menos religiosa o aristocrática, aquello era un regalo para los ojos: cascos brillantes con plumas, casacas rojas llenas de condecoraciones, morriones de enorme tamaño y roses con plumas negras, recuerdos de antaño en las planchas metálicas que cubrían los pechos de los guardias suizos, en los guardias vaticanos de que el otro día hablé y esos carabineros que parecían soldados de Napoleón, y así los veíamos en todas las estaciones; también abundaba el uniforme militar actual, elegante dentro de su sencillez.

Pero dejemos esto tan bonito para ir al fondo de la cuestión; no es mi propósito describir las brillantes ceremonias que nos entretuvieron a lo largo de cuatro horas, pero tampoco puedo pasar por alto las emociones de aquella mañana. El acto comenzaba con una procesión precedida de un tapiz con la efigie del santo; otros tapices en la fachada y los de sus milagros que han servido para su canonización en los altares de Santa Elena y la Verónica, habíamos admirado anteriormente. Imposible describir el cortejo que cantando las letanías de los santos precedió en mucho tiempo la llegada del Papa: el clero regular y secular se alineaban en profusión de hábitos y órdenes, muchos para mí desconocidos. Venía luego el propio cortejo papal; imposible olvidar el momento en que apareció el Romano Pontífice; íbamos a verle todos por vez primera y había un murmullo nervioso de los grandes acontecimientos; cuando apareció hubo como un frenesí largo y aquella masa rompió en aplausos y gritos mientras ondulaban miles y miles de banderas y pañuelos; nada podía desdecir más de la seriedad del lugar que aquel apoteosis; en ese momento se encendieron los luces del templo aumentando si cabe su esplendor, en tanto que trompas de plata iniciaban una marcha triunfal que dominaba con sus notas aquel tumulto y marcaba el paso a los "sediari" de roja vestimenta que llevaban al Papa. Momento inolvidable. Repartiendo bendiciones atravesó Pío XII la marea humana abierta en difícil paso; cada vez que volvía su rostro a un lado aumentaba el clamoreo de los que allí estaban. Así llegó a su trono tras el altar de la Confesión y comenzó el acto de la canonización propiamente dicho.

Todo lleva un ritual maravilloso que seguimos en un librito dado para el acto para mejor comprensión de las ceremonias: la instancia del Cardenal Abogado del Papa, la invocación de éste al Espíritu Santo y luego la proclamación cuya fórmula solemne no me resisto a copiar.

"En honor de la Santa e Invisible Trinidad, para exaltación de la fe católica e incremento de la religión cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y con la Nuestra, después de maduro examen, de haber implorado repetidas veces el auxilio divino y con el parecer de Nuestro Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, los Patriarcas, Arzobispos y Obispos presentes en la Ciudad Eterna, decretamos y definimos que el Beato Antonio María Claret es Santo y lo inscribimos en el Catálogo de los Santos, ordenando que su memoria sea celebrada con piadosa devoción, como la de los Santos Pontífices y Confesores, en la Iglesia Universal el día 23 de octubre de cada año."

Luego sigue el Te Deum en que por primera vez se invoca al nuevo santo, la homilía que dice el Papa y con la bendición acaba esta parte, para dar paso a la Misa Pontifical. A la emoción de ver oficiar al Santo Padre se una la solemnidad del rito, los maravillosos coros cuyas voces se pierden en la cúpula de Miguel Angel, el brillante acompañamiento en las ceremonias; un Cardenal Diácono le auxilia y los Subdiáconos latino y griego que cantan la Epístola, Evangelio y otras partes en ambas lenguas. Cada vez que el Papa asciende del trono al altar, hay un murmullo y todos los ojos se fijan en él. La ceremonia más peculiar de la misa es la de las ofrendas presentadas al Papa; consistentes en cinco cirios con la efigie del Santo, dos panes y dos barriles dorados y plateados, éstos con vino y agua, y tres jaulas con palomas, tórtolas y otros pajarillos respectivamente. En el solemne momento de la Consagración han vuelto a sonar las trompas de plata. Han seguido las partes usuales pero abrillantadas con nuevas ceremonias que harían esto interminable y seguidos con silencio y atención. Es curioso el acto final cuando el Papa se desviste, antes de salir, de sus ornamentos, y se le acerca el

(Pasa a la pág. CUATRO)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ofensiva. 8/6/1950.